

LAS RELACIONES MERCANTILES Y EL CÁLCULO ECONÓMICO CAPITALISTA

Franz J. Hinkelammert

Departamento Ecuménico de Investigaciones (DEI)

Henry Ml. Mora Jiménez

Escuela de Economía, Universidad Nacional

Introducción

En este artículo nos proponemos analizar las relaciones mercantiles capitalistas en cuanto medio de coordinación del sistema de división social del trabajo, o medio de cálculo económico.

Todo proceso individual de trabajo se lleva a cabo en el marco de un sistema de división social de trabajo, y por tanto, de determinadas relaciones sociales de producción.

En una etapa histórica ancestral –sociedad primitiva, comunismo primitivo– esta coordinación de la división social del trabajo no se institucionaliza de manera objetiva, en el sentido de que no utiliza medios propios y objetivos, más allá de la tradición y de las relaciones jerárquicas entre los miembros de la comunidad. Se lleva a cabo mediante mecanismos sociales consuetudinarios, lo que ciertamente tiene como condición un conocimiento directo de los productores entre sí, de sus necesidades y de las tecnologías disponibles (muy poco cambiantes).

En una etapa posterior –que a grandes rasgos llamaremos, precapitalista–, surge un medio institucionalizado de coordinación: el dinero y las relaciones mercantiles. Estas rompen progresivamente la unidad de la sociedad primitiva, permitiendo e impulsando nuevos ámbitos de la división social del trabajo.

Primero conectan entre sí diferentes necesidades específicas que siguen siendo relativamente cerradas, posteriormente tienden a penetrar la sociedad entera, para finalmente arrastrar a la propia fuerza de trabajo y a las condiciones generales de la producción. En este último momento surge la sociedad capitalista.

El dinero y las relaciones mercantiles como medios de coordinación del trabajo social

¿A qué nos referimos cuándo hoy hablamos de “cálculo económico”? o más precisamente, ¿qué es lo que se calcula? En última instancia, se calcula la plusvalía, la forma capitalista del excedente económico (manifestada como ganancia).

Pero más allá de este cálculo, las relaciones mercantiles además transforman la plusvalía esporádica de la sociedad precapitalista en una plusvalía calculada, metódica, sistemática, propia de la sociedad capitalista.

Y la plusvalía así calculada, necesariamente se expresa bajo la forma de una ganancia, en cuanto que el cálculo parte de unidades autónomas de organización de la producción, no pudiendo ser de otra manera (las empresas existen como entidades privadas individuales).

Por tanto, si bien las relaciones mercantiles son un medio de coordinación calculada (cálculo monetario) de la división social del trabajo, no se definen enteramente por esta función. Tienen un elemento adicional que a la postre resulta central, en función del cual llevan a cabo el cálculo: la maximización de la plusvalía (o de la ganancia). No se trata, por tanto, de cualquier cálculo monetario¹.

Esta última característica no es propia de cualquier tipo de relaciones mercantiles, o no es válida de una manera general.

¹ “Mi negocio no es producir coches, sino producir dinero”. Esta frase ha sido tradicionalmente atribuida a Henry Ford, y expresa claramente la supeditación del valor de uso a la lógica del valor de cambio y de la ganancia bajo el capitalismo.

Así por ejemplo, en la producción simple de mercancías, existen mecanismos implícitos que impiden tal desarrollo del cálculo monetario en función de la maximización de la ganancia.

Siendo el productor directo a la vez el propietario de sus medios de producción, el intercambio de bienes se lleva a cabo sobre la base del valor del producto producido por cada productor. En estas condiciones, como tendencia, el intercambio de los productos según su precio monetario tiene una base previa, el tiempo de trabajo (socialmente necesario) empleado o consumido en la producción.

En este contexto, la teoría del valor-trabajo es a la vez una teoría de los precios (sin transformación de los valores en precios de producción), aunque no en el sentido determinista de la teoría neoclásica de los precios (determinismo sistémico de “precios óptimos”).

Lo anterior supone, además, que todos los productores operan con medios de producción de intensidades tecnológicas similares, o al menos, no muy diferentes. Si las tecnologías empleadas son tendencialmente iguales, y si hacemos abstracción de la renta sobre la tierra, los productores obtendrán ingresos también tendencialmente iguales.

Pero hay una condición adicional que no debemos pasar por alto: cada productor debe conocer la estructura de costos de producción de los otros productores, en el mismo grado en que conoce la suya. Siendo así, cada productor puede ponerse en el lugar del otro, y hacer el siguiente cálculo: ¿ Si dirijo mi actividad a producir cualquier otro bien, mi ingreso sería el mismo o diferente del que obtengo ahora?

Todos los productores deben estar en capacidad de hacer este cálculo y de tomar las decisiones correspondientes, pues de lo contrario, sería muy probable que surja una tendencia hacia la desigualdad sistemática en la distribución del ingreso, a partir de las diferencias crecientes en las condiciones de producción y en las estructuras de costos.

Para que una tendencia a la desigualdad no se cristalice en una sociedad de productores mercantiles simples, se requiere, por tanto, de una mínima igualación en las condiciones del cálculo, la cual es posible mediante la presión social ejercida para contrarrestar las desigualdades

tecnológicas, de información y de los conocimientos disponibles.

Pero aun así, de ninguna manera se trata de un cálculo estandarizado que rige para el conjunto de los productores de la sociedad entera. Se puede mencionar al menos cuatro excepciones importantes:

1. Hay mercancías para las cuales no existe el conocimiento de los costos del otro productor, especialmente en el caso de los bienes de lujo. En la Edad Media, la seda china que se intercambia por el oro de los europeos, se intercambia sobre la base de un desconocimiento casi total de las bases productivas de estos productos.

Se abre, por lo tanto, un espacio en el cual el capital comercial puede hacer importantes ganancias, ya sea a través de medios económicos o extraeconómicos.

- 2.- Si bien los productores de la producción mercantil simple intercambian entre sí bienes de valor semejante, esto no excluye la existencia de un excedente apropiado por la clase dominante.

El propietario de la tierra o el propietario de esclavos, por ejemplo, pueden disponer de trabajo no pagado, lo que les permite concentrar una fracción de los ingresos.

En general, en estos casos se puede considerar que la producción mercantil simple actúa como un mecanismo social a través de la cual la clase dominante puede intercambiar sus excedentes (resultado de trabajo impago de esclavos y campesinos), por bienes manufacturados (producidos por los artesanos de las ciudades).

Eso supone que la forma de producción que sustenta a la clase dominante no sea mercantil, es decir, que ni la fuerza de trabajo ni la tierra sean objetos generales del intercambio.

3. Un tercer caso es la existencia de monopolios. Aunque exista un conocimiento más o menos general de las condiciones de producción –y una producción mercantil simple muy extendida–, puede haber traspasos de excedente de un productor a otro sobre la base de monopolios legales.

Normalmente este monopolio no es de producción mercantil simple, sino de tipo señorial (por ejemplo, el monopolio de la sal, la producción de

ciertos metales, etc.) El propietario del monopolio puede entonces realizar excedentes a través de un intercambio desigual.

4. Por último, siempre hay un espacio para la operación del capital usurero (comercial o financiero). Este se ubica en realidad fuera de todo cálculo metódico (de plusvalía), y se orienta directamente por las oportunidades de explotación que encuentre a su haber o que pueda controlar.

Como se nota, el cálculo económico en condiciones de igualdad, y su resultado, la tendencia a la igualación de los ingresos entre los productores mercantiles; tiene un alcance necesariamente limitado, incluso en la producción mercantil simple.

Además, cuando todos los productos y factores se calculan en términos monetarios, es decir, a partir del capitalismo, el cumplimiento de esta igualdad se hace cada vez más y más limitado.

No desaparece del todo, pero se mantiene sólo marginalmente, en aquellos sectores donde la tecnología es simple y cambia lentamente, permitiendo el conocimiento de las condiciones de producción a largo plazo.

Esto sólo puede ocurrir cuando el producto se puede producir a partir del trabajo de una o pocas personas (pequeños productores, campesinos, artesanos); pero no en las empresas de mediano tamaño en adelante, que trabajan con tecnologías complejas y cambiantes.

En estos sectores, la norma es la creación de "ventajas competitivas", basadas precisamente en el poder de mercado que ostenta cada productor.

Las relaciones capitalistas como sistema de cálculo económico

Cuando el cálculo de todos los factores y productos se cuantifica en términos monetarios, surgen el trabajo asalariado y el capital. Las condiciones sociales para este surgimiento son:

- 1- Una división social del trabajo altamente desarrollada;
- 2- La propiedad privada de los medios de producción;²

² "... la institución de la propiedad [es] esencial para el desarrollo capitalista en vista de que ésta, vinculada con

- 3- La igualdad formal de los productores privados e independientes;
- 4- El intercambio generalizado de los productos (como valores de cambio) y la institución del contrato (igualdad contractual);
- 5- El cálculo sistemático del costo y de la ganancia a partir de cada unidad parcial de producción (productores privados e independientes)
- 6- El trabajo asalariado.

Se trata de condiciones necesarias y suficientes para el surgimiento de las relaciones capitalistas de producción. La propiedad privada de los medios de producción es condición necesaria, pero no suficiente.

Las relaciones capitalistas de producción – descritas en estos términos– representan un determinado sistema de cálculo económico y no son posibles sin relaciones mercantiles basadas en el dinero.

Por tanto, la coordinación del trabajo social tiene su *medio objetivo*, que es el dinero, que aparece incluso como un "instrumento", al lado de los instrumentos de trabajo.

Pero si la racionalidad de estos últimos está en función del producto que se busca (la producción de valores de uso), la racionalidad del dinero está en su función de coordinación del trabajo social (equivalente general, medio de circulación, medio de acumulación).

Para analizar críticamente esta racionalidad del cálculo económico capitalista, tenemos que cuestionarla en dos sentidos:

1. En cuanto *racionalidad de los fines*: dialéctica de la producción de valores de uso versus producción de plusvalía y ganancia; y las motivaciones correspondientes.

los mecanismos del dinero, es la base material de la individualidad calculadora. ... El mercado capitalista solamente funciona con las instituciones fundamentales de la propiedad y del contrato. Acorde con esto, la propiedad es de importancia central para el desarrollo de las relaciones de producción, del dinero, el capital, el trabajo y la tierra." (Duchrow y Hinkelammert, 2003: 50)

2. En cuanto *racionalidad de los medios*: dialéctica de los usos y de las formas de valorización de los distintos factores de la producción.

Tenemos así un punto de partida para una “teoría crítica de la producción capitalista”, muy distinto del punto de partida del análisis marxista tradicional.

Tradicionalmente no se analizan las relaciones mercantiles a partir de la coordinación del sistema de división social del trabajo y del correspondiente cálculo parcial de los costos empresariales privados, sino a partir del régimen de propiedad (privada) de los medios de producción.

Sin embargo, se trata de un elemento absolutamente decisivo a tener en cuenta. Este equívoco explica tanto las fallas de la teoría marxista del tránsito hacia el socialismo (la centralidad asignada a la propiedad estatal), como las debilidades de la crítica marxista a la teoría económica neoclásica (la incompreensión del papel

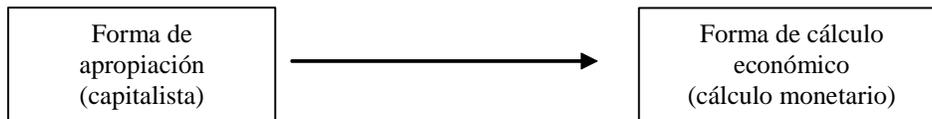
del mercado y de la “asignación de los recursos”)³.

El análisis marxista tradicional parte en el fondo de una visión historicista de las categorías que surgen con el capitalismo.

Por un lado, la propiedad privada de los medios de producción, separada de los productores directos, y por el otro lado, el aprovechamiento de este monopolio de la propiedad por parte de los capitalistas para obligar a los trabajadores asalariados a trabajar más horas de las requeridas para reponer el costo de los valores de uso necesarios para su reproducción⁴, transformando el excedente o sobreproducto social en plusvalía.

Por estos dos elementos centrales (transformación de la fuerza de trabajo en mercancía y de los medios de producción en capital), se explican, tradicionalmente, los fundamentos económicos de la sociedad capitalista.

Serían a la vez estos elementos los que obligan al cálculo monetario, según el esquema lineal siguiente:



³ “El socialismo histórico encaró la cuestión de la propiedad en un sentido “principalista”, de manera similar a lo que hace la sociedad capitalista. Ciertamente, la sociedad capitalista ve la propiedad como la llave para la solución de todos los problemas, sin discutir siquiera el hecho de que la solución de problemas diversos exige también formas de propiedad diversas; esto es, ella no admite ningún pluralismo de las formas de propiedad. El socialismo histórico hizo algo análogo, aunque a la inversa. Casi no admitía ninguna pluralidad de las formas de propiedad, pues consideraba ahora la propiedad socialista –en última instancia estatal- como la solución de todos los problemas.” (Duchrow y Hinkelammert, 2003: 14)

⁴ No obstante, en las economías subdesarrolladas, con altos volúmenes de sobrepoblación relativa y precarios sistemas de seguridad social, el costo de reproducción de la fuerza de trabajo tiende a ser realmente un *costo de sustitución* de esta.

Según Marx, la forma de apropiación determina la forma de cálculo económico y una forma de cálculo económico desaparece con la desaparición de la forma correspondiente de apropiación; lo que se corresponde con la evaluación que hace Marx de las etapas de la historia. Los tipos de apropiación son tipos de coordinación y por tanto, tipos de cálculo (modos de producción), los cuales se transforman con el desarrollo de las fuerzas productivas.

Estas suministran al proceso de producción su meta objetiva, y son el referente para valorar los avances del sistema de coordinación y cálculo de la división social del trabajo y de la transformación del plusproducto apropiado por la clase dominante; siendo la ganancia la forma típica y definitiva de plusproducto en la sociedad capitalista⁵.

Sin embargo, y esto lo ignora o descuida el análisis tradicional, cuanto más avanza este cálculo y cuanto más se hace consciente la coordinación del trabajo social por medio de las relaciones mercantiles, más se hace evidente que el desarrollo de la propia calculabilidad determina la forma de apropiación de la plusvalía.

Así por ejemplo, la posterior (y necesaria) separación entre el capitalista y el *manager*, que ocurre en el siglo XX, impone nuevas formas de apropiación de la plusvalía en el mismo sistema capitalista, donde la ganancia pierde el carácter de forma única de la apropiación (salarios de gerentes, científicos, burócratas públicos, etc.), aunque no de la orientación del cálculo y de la coordinación, que se siguen basando en la maximización de la ganancia.

A este fenómeno se corresponden las teorías económicas burguesas posteriores a Marx, que se presentan como teorías de la "asignación óptima de los recursos", asignación basada en las relaciones mercantiles. Estas teorías, en general, suponen la forma mercantil sin siquiera argumentar sus razones. Cuando las argumentan, sin embargo, lo hacen a partir de la necesidad de asegurar el cálculo económico (Weber, Von

⁵ Desde luego, no estamos diciendo que el análisis de las formas de propiedad sea irrelevante. Lo que si aseguramos es que para analizar el problema de la racionalidad económica, el tema central a investigar es el del cálculo económico y las formas de coordinación del trabajo social. El tema de la propiedad es relevante en el análisis de las estructuras de poder, especialmente, de la estructura de poder económico.

Mises, Hayek). Para estas teorías, la historia económica y social es un proceso de creciente *racionalización* de la acción humana a partir del cálculo monetario (Max Weber, L. Robbins, T. Parsons, G. Becker). Como a esta racionalización se la considera condición de posibilidad del desarrollo de las fuerzas productivas, el desarrollo de éstas aparece como la última instancia del curso de la historia, como lo es también para Marx.

Pero si bien, aparentemente, estos teóricos del capitalismo (liberales y neoliberales), enfatizan, a través del *proceso de racionalización*, la misma tesis básica de Marx, lo cierto es que la transforman profundamente, aunque no en el sentido por ellos previsto.

Creen haber sustituido en sus análisis la dinámica de las fuerzas productivas por este proceso de racionalización, pero interpretan el medio de coordinación y de cálculo –las relaciones mercantiles– a través del cual se lleva a cabo el desarrollo de las fuerzas productivas, de una manera contraria a Marx. Para Marx es un medio contradictorio y antihumano de coordinación, mientras que para ellos es un medio coherente, eficiente y neutral⁶.

Si es lo uno o lo otro, se trata en general una cuestión científica por resolver, tanto para los teóricos burgueses como para Marx; aunque no siempre se presenta de esta forma (hay teóricos neoliberales que aseguran que las relaciones mercantiles son tan profundamente humanas, que hay que mantenerlas aún en el caso en que otras formas de coordinación sean más eficientes).

El acceso inicial al discernimiento de esta cuestión científica se encuentra preguntando, ¿en qué sentido la relación mercantil es un medio de coordinación del trabajo social? Para los sujetos de las relaciones mercantiles éstas son simplemente el ámbito dentro del cual "uno se

⁶ "En cuanto al desarrollo de sus relaciones entre sí, los poseedores de las mercancías son poseídos por las mercancías. Es el impulso del intercambio mercantil el que decide sobre las relaciones entre los hombres. Y eso es a la vez la renuncia a una acción consciente para ordenar la producción de los productos en función del trabajo colectivo por mutuo acuerdo. Lo que parece aquí un acto social, es la confirmación a posteriori de una renuncia a la acción. Y el dinero es símbolo máximo de esta renuncia del hombre a responsabilizarse del resultado de sus acciones." (Hinkelammert, 1981: 24, subrayado nuestro)

gana la vida” (*to make a living*). Nadie diría que su acción se orienta por las relaciones mercantiles “para coordinar y para calcular”. Siendo el dinero un medio de coordinación, no lo es conscientemente para sus poseedores. Eso lo distingue de los medios de producción, que a nivel del proceso de trabajo son consciente e intencionalmente medios para producir valores de uso.

No siendo intencionalmente un medio de coordinación, las relaciones mercantiles y el dinero tienen que tener otra finalidad consciente, y por tanto, su función de coordinación ha de estar supeditada a esta su finalidad consciente. Marx descubre esta finalidad consciente en la maximización de la plusvalía (en su forma de ganancia).

Nos interesa analizar, por tanto, cómo esta finalidad intencional del sistema de coordinación (la maximización de la ganancia) se vincula dialécticamente con la finalidad al nivel del proceso de trabajo (la creación de valores de uso), para ver después, cómo el hecho de que el sistema de coordinación no tenga a la coordinación del trabajo social como su finalidad, sino el lucro, deforma la misma eficiencia de la coordinación y la organización de la producción (Polanyi)⁷.

Sólo después de aclarado este punto sería posible discutir la suerte de las relaciones mercantiles en el tránsito hacia una sociedad alternativa al capitalismo (el socialismo, según Marx).

Tenemos entonces este resultado: en el capitalismo, el medio de coordinación del trabajo social –el dinero, las relaciones mercantiles– no es conscientemente eso. Su intención confesa es otra, la máxima ganancia. Siendo así, las relaciones mercantiles tienen cierta semejanza con otros elementos de las relaciones humanas, en especial, con el lenguaje y con la lógica formal.

Marx destaca este hecho, al llamar a la lógica formal “el dinero del conocimiento”, y al comparar el surgimiento del lenguaje con el surgimiento de las relaciones mercantiles. El

⁷ En la visión crítica de Polanyi, la transformación de la vida en trabajo, de la naturaleza en tierra y del patrimonio en dinero; implica que la propia sustancia de la sociedad (es decir, los seres humanos, la naturaleza y la organización de la producción), quedarán subordinados al mecanismo dinámico principal del mercado: la búsqueda de ganancias.

lenguaje no tiene un inventor, nadie lo creó. Para crear algo, el ser humano ya tiene que tener el lenguaje. El lenguaje, por tanto, se crea durante el mismo proceso en el cual el ser humano se hace tal y se puede reconocer como tal, recién cuando ya desarrolla el lenguaje. Sin embargo, de esta misma manera se generan las relaciones mercantiles, aunque –según Marx– no en el mismo momento histórico.

El ser humano ya existe como tal, cuando ellas se generan, y por eso no son parte de la historia humana entera. Lo que surge históricamente, es mas bien el dinero, es decir, el equivalente general. De todas maneras, es claro que tampoco hay inventores de las relaciones mercantiles ni del dinero.

La relación social que mediatiza la división social del trabajo es generada sin que haya un proyecto de creación consciente de tal medio de coordinación. Por tanto, las relaciones mercantiles surgen sin que haya un proyecto de ellas, algo que tienen en común con el lenguaje y con la lógica formal.

Sin embargo, el lenguaje, en cuanto medio de comunicación, es conscientemente lo que es. El lenguaje no se emplea para otra finalidad fuera de esta (aunque con el desarrollo de la lógica mercantil puede convertirse en más que un medio de comunicación, como ocurre con los mensajes subliminales que utiliza el *marketing*). Eso precisamente no ocurre con las relaciones mercantiles.

Por tanto, frente a ellas hay una tarea específica que en relación al lenguaje inicialmente no cabe: *hacer que sean lo que son*. Siendo las relaciones mercantiles un medio de coordinación del trabajo social, no obedecen a un proyecto consciente, según el cual sean subjetivamente lo que objetivamente son, es decir, (re)producir las relaciones de producción según un proyecto consciente de ellas.⁸

Hacer que las relaciones mercantiles y el dinero sean efectivamente un medio de coordinación que no deforme las relaciones humanas y el sistema de coordinación, o que lo hagan de manera mínima y

⁸ Recordemos la definición que da Marx del comunismo: “Kommunismus ist produktion der verkehrform selbs”. “Comunismo es la producción de las mismas relaciones sociales de producción”.

bajo control humano. Esta es la tarea asociada a un proyecto de "control consciente de la ley del valor" y la intencionalidad de una "intervención sistemática de los mercados". Se trata de un proyecto conflictivo (conflicto de finalidades), pero necesario.

II. Desdoblamiento y conflicto de las finalidades: la finalidad al nivel del proceso de trabajo y la finalidad al nivel del proceso de valorización capitalista.

Como indicamos previamente, el análisis crítico de la racionalidad de la producción capitalista lo podemos realizar desde dos perspectivas:

- a) En cuanto racionalidad de los fines (finalidades) y,
- b) En cuanto racionalidad de los medios.

En este apartado nos referimos a la primera de estas perspectivas (racionalidad de los fines o finalidades).

Podemos partir nuevamente de la consideración de las tres "etapas" históricas (momentos) de la división social del trabajo, antes descritas: a) sociedades primitivas, b) sociedades precapitalistas, c) sociedades capitalistas. A través de estas, y junto con el desarrollo del medio de coordinación, van transformándose también las finalidades y las motivaciones.

Sociedades primitivas.

En este caso, la coordinación de la división social del trabajo no se objetiva o materializa en un medio de coordinación particular. Esta se realiza más bien subjetivamente, mediante la tradición y las relaciones jerárquicas de distinta naturaleza (según sexo, edad, consanguinidad, etc.); lo que supone una tecnología poco cambiante y una división del trabajo poco desarrollada, es decir, ambas limitadas a un grupo social que, en lo fundamental, puede conocer todas sus variables fundamentales (factores de producción disponibles y necesidades humanas por satisfacer).

La finalidad básica es la producción de valores de uso y no puede haber otra motivación fuera de ésta. La finalidad adjudicada a los valores de uso producidos es la única motivación posible. La finalidad *no se desdobla*, y el sistema de

coordinación del trabajo social tiene como finalidad objetiva y subjetiva la producción de valores de uso, es decir, la satisfacción de las necesidades (materiales y espirituales: antropológicas, corporales) de la comunidad. También en este caso existe una necesaria coordinación entre fines y medios, pero sin que ella deforme la orientación consciente del proceso de trabajo. Hay transparencia y coincidencia entre ambos procesos.

Sociedades precapitalistas y producción mercantil

Disueltas las formas tribales de las sociedades primitivas, la coordinación de la división social del trabajo *se objetiva* en un medio de coordinación, que es el dinero, en cuanto equivalente general. La producción simple de mercancías ya introduce una segunda finalidad a partir de su medio de coordinación, el *valor de cambio*, pero esta segunda finalidad aun mantiene una estrecha relación con la finalidad al nivel del proceso de trabajo, el *valor de uso*, aunque de manera transformada. Esto se evidencia en los siguientes dos hechos:

1. Aunque la necesidad sigue siendo la pauta de orientación de la producción, ahora lo es como necesidad propia, individual, y no como necesidad de todos (necesidad del otro). La motivación directa y transparente de la producción deja de ser la necesidad de todos (y por tanto, la necesidad del otro), la cual se sustituye por la necesidad propia. Subjetivamente, las necesidades ya no se tienen en común. Se producen valores de uso, pero no a condición de la necesidad del otro, sino de su oferta (o, lo que viene a ser lo mismo, de su demanda efectiva).

Servir a la necesidad del otro es ahora el pretexto de una orientación dominada por la necesidad propia. Sin embargo, este contenido verdadero del servicio al otro a través de la necesidad propia, no es confeso. Pretendidamente se ofrecen valores de uso a través del intercambio "porque la demás gente los necesita", pero de hecho, cada uno se orienta por sus propias necesidades.

Eso, sin embargo, no en el sentido de un egoísmo moralmente juzgado, sino en el sentido de un cálculo de las conveniencias a partir de entidades parciales y privadas de producción.

2. Este desdoblamiento de las finalidades hace surgir una posible orientación guiada por el propio

medio de coordinación. El dinero mismo llega a ser un objeto posible de la motivación, transformándose en finalidad, la “codicia del dinero”; pero sin que ésta conlleve a que la motivación se independice de los valores de uso. Se puede atesorar dinero solamente en el grado en que anteriormente se hayan producido valores de uso, y si no se utiliza todo el dinero obtenido durante el intercambio en la compra de otros valores de uso.

En este caso el dinero se atesora, pero su valor deriva de ser un equivalente general, y por tanto, de la posibilidad de transformarse en cualquier momento en algún valor de uso de cualquier índole. Si el valor de uso producido para el intercambio ya es poder, el dinero es el poder de los poderes.

Esta transformación del dinero en finalidad propia es resultado de la transformación de la comunidad (o de una parte de ella) en sociedad de productores mercantiles. En la comunidad con coordinación directa de la división social del trabajo, la seguridad de seguir viviendo está dada visiblemente en el trabajo común de todos y en el producto que este trabajo rinde. Los productores mercantiles, en cambio, están visiblemente aislados (aunque objetivamente interconectados), y su seguridad no puede estar en el trabajo de los otros, pues el trabajo de los otros existe para cada uno solamente en el grado en el que puede producir valores de uso para el intercambio⁹.

La seguridad se refiere ahora a los momentos en los cuales el productor mercantil no puede producir valores de uso para el intercambio, pero necesita seguir viviendo (períodos de enfermedad, alteraciones del mercado, crisis económicas, cambio de rama productiva, etc). En estos momentos, el trabajo de los otros productores sólo existe en el grado en que se tenga dinero atesorado. El tesoro se erige entonces como la más alta seguridad posible, como la única posibilidad

⁹ Esto hace surgir, con la producción mercantil, la llamada “paradoja del aislamiento”, sobre la cual expone Diane Elson: “... las decisiones que tomamos creyendo que son las que más nos favorecen no son independientes de las que a su vez otros pueden tomar, en especial si la satisfacción que nos brindan depende de las decisiones que los otros adopten. Los mecanismos de mercado no nos proporcionan información directa sobre intenciones, deseos y valores, sólo nos transmiten información sobre el resultado de decisiones que se toman en la oscuridad.” (Diane Elson: 1994: 8)

de sobrevivencia en los momentos de desgracia o de crisis. La seguridad que el tesoro otorga, sigue representando el trabajo de los otros, pero ya no de manera visible. El dinero se transforma en fetiche de la seguridad, y por tanto, en fetiche de la más alta humanidad, siendo en realidad el producto de una deshumanización de las relaciones humanas. El dinero es ahora símbolo de esperanza y en esta forma llega a ser símbolo de toda felicidad posible.

Toda esta transformación de las finalidades por la producción simple de mercancías ocurre dentro de su propio ámbito; pero está siempre inserta en una sociedad precapitalista, que no es de producción mercantil (aunque produzca en gran parte para el mercado). En esta relación entre el sector precapitalista y el sector de producción simple de mercancías, se producen otras fuentes de ingreso en dinero, las ganancias comerciales y financieras de la especulación.

Estas no se transforman en capital productivo, y se generan sin producción previa de valores de uso para el intercambio. Se ubican en los intersticios de la circulación de mercancías y del dinero, pero sin organizar el proceso de trabajo en función de ellas. Su destino es también transformarse en valores de uso, y en cuanto tesoro cumplen una función similar a aquellos ingresos generados por la producción simple de mercancías.

Por lo tanto, en la producción simple de mercancías que se inserta en las sociedades precapitalistas, el tesoro es resultado único del intercambio de valores de uso, y su función principal es otorgar seguridad frente a los riesgos inevitables del intercambio. Es símbolo de la seguridad que parte del trabajo de los otros, aunque sin expresarlo directamente, pareciendo tener un valor en sí mismo.

La producción capitalista y su coordinación

La producción capitalista hace que las relaciones mercantiles penetren en la sociedad entera, ya que una economía *de* mercado sólo puede existir en una sociedad de mercado (Polanyi). Tanto el uso de los medios de producción como de la fuerza de trabajo se transforman en objetos de cálculo, cálculo que parte de los medios de producción y tiene por objetivo la maximización de la ganancia (y a través de ella, de la plusvalía).

El tesoro se transforma ahora en *capital*, iniciándose el proceso con la propiedad privada de

los medios de producción, prosiguiendo posteriormente hacia otros "derechos de propiedad" (la propiedad intelectual, por ejemplo). En esta nueva forma ya no es tesoro congelado, ni tampoco fondo finito con aspiraciones infinitas (lo que sí es el simple tesoro).

En la forma de capital, la segunda finalidad del proceso de producción, que parte del valor de cambio, adquiere dimensiones realmente nuevas. El fetichismo de la mercancía (del intercambio simple y del cálculo de trabajo en función del trabajo de otros) y el fetichismo del dinero (la codicia del dinero y la seguridad puesta en el tesoro) no desaparecen; y estos siguen existiendo en las relaciones capitalistas de producción, pero con una nueva dimensión: la del fetiche del capital.

El desarrollo de la relación de capital trae consigo una transformación profunda del mismo proceso de trabajo. Con la subsunción real del trabajo por el capital, el proceso de trabajo puede volverse muy complejo, desarrollándose una división social del trabajo siempre mayor en un ambiente de productividad del trabajo creciente. Al transformarse el tesoro en capital, se transforma el proceso tradicional de trabajo en un proceso de trabajo dinámico. Siendo el capital el factor que impulsa este nuevo proceso, la transformación del proceso de trabajo sigue a la transformación de las relaciones de producción y del tesoro en capital (y por tanto, también, de las motivaciones).

A la subsunción formal del trabajo por el capital sigue su subsunción real¹⁰. Sin embargo, estos dos aspectos de la transformación del proceso de trabajo hicieron surgir algunas interpretaciones que consideramos erróneas. La transformación del proceso de trabajo mediante la revolución industrial (la subsunción real) no es la transformación socialmente específica, aunque signifique un corte histórico que vale igualmente para sociedades capitalistas y poscapitalistas (socialistas). Lo específico, en cambio, es la transformación de las relaciones de producción y del tesoro en capital (la subsunción formal), que es propia de la sociedad capitalista y que tiene que transformarse de nuevo en el tránsito hacia una sociedad alternativa al capitalismo. La visión burguesa de la revolución industrial, en cambio, es

¹⁰ El paso más importante es por tanto, la subsunción formal, al contrario del sentido que tal denominación suele tener en el lenguaje corriente: lo "puramente formal".

la de un simple proceso de racionalización sobre la base de la mercantilización de todos los factores de producción, con el consiguiente cambio del proceso de trabajo y de las fuerzas productivas¹¹.

La nueva infinitud que se proyecta a partir del capital tiene dos dimensiones:

a) La dimensión de una proyección hacia el futuro. A diferencia del tesoro, que es principalmente finito y contradictorio (finito con aspiraciones infinitas: lo que el dinero puede comprar parece infinito), el capital se presenta como un proceso virtualmente infinito: infinito el crecimiento de las fuerzas productivas, infinita la posible acumulación de capital; proyectándose ésta en un proceso de progreso cuantitativo sin fin (mito del progreso técnico infinito). La superación y trascendencia de la sociedad precapitalista –la base de su ideología y su religión– se transforma en el destino de la inmanencia del progreso, el fetiche del capital en la garantía de la libertad, la abundancia, la armonía y el orden.

b) La dimensión de una proyección hacia el presente en cada momento. El capital penetra y moldea los mismos valores de uso. La maximización del simple tesoro no tiene tal efecto. El tesoro es renuncia a comprar el equivalente de los valores de uso vendidos en el mercado. Es algo simplemente negativo en relación con la masa de valores de uso producidos y a su forma. Para el capital, en cambio, no existe un límite que se exprese en el consumo. Para acumular más no hace falta consumir menos. El mismo consumo se transforma en un elemento de la acumulación. Para acumular hay que consumir, y la misma acumulación prescribe la forma y la dinámica del consumo. Sin consumo no se puede acumular, pero se puede consumir en función de la acumulación¹². En este sentido, la acumulación se puede transformar en la pauta del consumo, de la educación, de la salud, de la seguridad, etc, como gran principio totalizante. Esto es muy distinto del atesoramiento. En éste se extrae dinero de la circulación, pero si de repente todos dejan de atesorar, no se provocaría una crisis. El

¹¹ Sobre la significación de la subsunción real del trabajo en la etapa actual del capitalismo, véase, Mora, 1996: 109-132.

¹² Pero acumulación no es lo mismo que crecimiento. El ejemplo de los países subdesarrollados demuestra que se pueda acumular sin hacer crecer la base productiva. Eso depende, en gran parte, de si la acumulación es conducida por el capital productivo, por el capital financiero o por una oligarquía de terratenientes.

capital, en cambio, transforma, moldea y deforma todo el mundo de los valores de uso en función de su lógica de maximización de la ganancia (subsunción del consumo y de las relaciones de consumo). El consumo no puede detenerse sin provocar crisis periódicas, y se transforma en “consumismo”.

En conclusión: el valor de cambio subordina al valor de uso

Las etapas descritas del desdoblamiento de las finalidades en el proceso de coordinación del trabajo social son a la vez etapas históricas y estructurales. Por eso, de alguna manera las finalidades anteriores se conservan en el desarrollo ulterior de la finalidad, recibiendo un lugar más bien subordinado en un conjunto predominantemente conformado por la finalidad más reciente (el valor de cambio, la acumulación). Las distintas etapas no describen un ascenso lineal, sino un continuo cambio en la relación entre valor de uso y valor de cambio.

En la primera etapa descrita (sociedad primitiva) el valor de cambio prácticamente no existe, lo que hace que la finalidad objetiva del proceso de trabajo –la creación de valores de uso para la satisfacción de las necesidades– sea a la vez finalidad subjetiva. Con posterioridad –en la segunda etapa de producción mercantil simple–, el valor de cambio se impone, pero sin penetrar la forma propia de los valores de uso, que se siguen determinando en la producción, fuera de la circulación mercantil y su mundo axiológico. En la última etapa se invierte la relación que existía al comienzo. Si en la primera etapa la finalidad objetiva es a la vez subjetiva, y en la segunda el valor de cambio es el vehículo de los valores de uso; en la tercera etapa –la capitalista–, el valor de uso llega a ser el vehículo del valor de cambio, el pretexto necesario de la acumulación del capital. El valor de uso ya no cuenta sino en el grado en el que sirva para el proceso de la acumulación, ignorando incluso (o pretendiendo ignorar) los límites biofísicos de la producción y el consumo. El proceso de producción tiene ahora definitivamente una proyección formalmente infinita, pero los portadores de su infinitud lo son el valor de cambio y el capital, la máxima fuerza humana, aparentemente. El resultado de esta transformación para la organización del proceso de producción, tiene que ser discutido ahora en cuanto a la racionalidad de una producción orientada por la finalidad capitalista.

III. La racionalidad de la producción, finalidad capitalista y satisfacción de las necesidades

En la visión burguesa no existe problema alguno resultante del desdoblamiento de las finalidades que hemos analizado (valor de uso vs. valor de cambio). Se interpreta más bien la finalidad capitalista como la portadora del sentido objetivo del proceso de trabajo: asegurar la mayor cantidad posible de valores de uso para satisfacer la mayor amplitud de necesidades humanas. La finalidad capitalista aparece como el único camino para conseguir tal finalidad objetiva, y entre las dos finalidades no se presenta ninguna contradicción. La maximización de la ganancia y la acumulación del capital se interpretan como la mejor manera para asegurar la satisfacción máxima de las necesidades. Si bien el capitalista busca el lucro de una manera intencional, de manera no-intencional asegura el bien de todos y la satisfacción de las necesidades de todos. En esta visión, la mano invisible de Adam Smith o la mano visible de Lord Keynes aseguran tal coincidencia de las racionalidades.

Desde este punto de vista, las deformaciones del consumo y de la distribución causadas por la lógica capitalista son consideradas, cuando se las acepta, como costos necesarios para el buen funcionamiento del engranaje del sistema de coordinación por medio de las relaciones mercantil-capitalistas. La distribución desigual de los ingresos –se argumenta–, asegura el funcionamiento de los incentivos materiales; y la deformación del consumo –el desperdicio, el consumo artificial, la destrucción arbitraria de valores de uso–, alimenta el motor del movimiento económico y garantiza un nivel “alto y estable” de la producción. La ideología burguesa, por tanto, tradicionalmente ha puesto su mayor interés en el análisis de la racionalidad de la producción, insistiendo en que la sociedad capitalista es la única racional posible, tan racional, que se puede dar lujo de soportar el desperdicio producido en la esfera del consumo y las desigualdades en la esfera de la distribución. Quizás se distribuya mal el producto, pero se produce mucho más que en otros modos de producción. Quizás haya desperdicio de bienes para el consumo, pero se consume mucho más, incluso tomando en cuenta este desperdicio, que en otras sociedades. Los efectos sobre las condiciones que hacen posible la reproducción y

la sustentabilidad de la vida (del ser humano y de la naturaleza), no son tomados en cuenta¹³.

De allí surge el mito de la racionalidad de la producción capitalista, que compensaría las posibles "deficiencias" (deformaciones, contradicciones) en el consumo y en la distribución. La producción es simplemente la actividad intermedia entre el consumo y la distribución, por lo que la meta es asegurar el máximo de producto efectivo para distribuir y para consumir, sin preocuparse de antemano de cómo se va a distribuir o consumir el producto. Sin embargo, este mito de la racionalidad (ideología del progreso) expresa muy bien, por qué la teoría de la producción es definitivamente la más importante en la economía política, y explica por qué Marx concentra casi toda su obra en el desarrollo crítico de la misma.

El aspecto de la racionalidad que debemos estudiar en la teoría de la producción, se deriva de este juicio sobre el producto total producido. En las teorías del consumo y de la distribución se trata de las deformaciones, del desperdicio y de la distribución desigual provocadas por este producto producido. En correspondencia con estas "distorciones" aparece el concepto de explotación, que puede existir al nivel de estas dos teorías. Se trata de una explotación en cuanto extracción (y desperdicio) de algo, que el explotado produce pero que no se apropia. Veamos.

El concepto de explotación: La explotación como extracción y la explotación como exclusión.

En la teoría de la producción nos preguntamos por este producto producido, por su magnitud, por su ritmo de crecimiento, por su maximización. La explotación, en cambio, se presenta a través de la faceta de un productor que ni siquiera está en condiciones de producir, que es excluido del sistema. Por tanto, la explotación no es simplemente la extracción o el no pago de un producto o de un tiempo de trabajo. Es a la vez destrucción de las posibilidades de producir, siendo la explotación-extracción un fenómeno derivado. Solamente por esta transformación del concepto de la explotación se puede llegar a entender, por qué el excluido, el desempleado, el

"informal" y el pequeño productor que apenas produce un mínimo para su subsistencia física, son los miembros más explotados del sistema. En relación con ellos, la situación del proletario con empleo estable en cualquier sector productivo –los objetos propiamente dichos de la explotación/extracción–, aparece incluso como un privilegio. La explotación capitalista golpea más duramente a los productores potenciales que ni siquiera llegan a ser objetos de esa explotación directa: los desempleados, los excluidos (hombres y mujeres, jóvenes, niños, ancianos), los "informales".

La maximización del producto total es evidentemente una condición inicial de la propia racionalidad del sistema capitalista. Si la maximización de la ganancia se refiere a la diferencia entre el producto total neto y el costo de reproducción de la fuerza de trabajo, esta ganancia será tanto más alta cuanto más bajo sea el costo de reproducción de la fuerza de trabajo y cuanto más alto sea el producto total. Si bien el capitalista no hace su cálculo en términos del producto total, el juicio teórico sobre la racionalidad del sistema tiene que incluir este aspecto. Este juicio sobre el sistema capitalista se puede formar en dos niveles:

a) Al nivel de la racionalidad conceptual del propio sistema capitalista, a partir de la pretensión de ser un sistema universal, en el sentido de transformar a toda la fuerza de trabajo en objeto de explotación/extracción. En este caso, con la maximización del producto total también se maximizaría el propio resultado de la explotación. Marx comienza su análisis de la acumulación con este enfoque metodológico (ausencia de otras relaciones sociales distintas de las capitalistas, modo de producción capitalista "puro"), para luego demostrar que el sistema capitalista ni siquiera es capaz de una racionalidad formulada en sus propios términos (surgimiento de un "ejército industrial de reserva", ley de la pauperización, efectos destructivos sobre el medio ambiente). En efecto, sus resultados de investigación no dependen de la existencia de un "modo de producción pre-capitalista" que coexista con el capitalismo, si bien este punto es importante tenerlo en cuenta en el análisis del subdesarrollo (aunque quizás no sea el aspecto determinante).

b) Al nivel de una racionalidad alternativa, de una sociedad alternativa. Se trataría de demostrar, con qué medios alternativos de coordinación sería posible la maximización del producto total. En el

¹³ En las últimas décadas del siglo XX esta visión optimista tuvo que aceptar, hasta cierto punto, las amenazas globales del mercado totalizado, pero sin renunciar a la creencia de que el progreso tecnológico podrá finalmente controlar estas amenazas.

análisis de Marx, este punto de vista constituye la racionalidad de llegada, la meta utópica, que es accesible solamente en el grado en el que desaparezcan los propios mecanismos de la explotación/extracción¹⁴.

Por tanto, toda la argumentación puede partir de la maximización del producto total. En la teoría económica neoclásica se trataría del pleno empleo de los factores de la producción; análisis que incide directamente sobre la evaluación de la propia teoría marxista del valor-trabajo, y cuya crítica nos permite entrar en el argumento central referente a la racionalidad capitalista.

Racionalidad económica y valorización de los medios de producción

La valorización en el marco del proceso de trabajo en general: condiciones para la maximización (sustentable) del producto social

Comencemos planteando algunas preguntas ¿Cuáles medios de producción son económicamente racionales de emplear y cuáles no?, ¿Cómo obtienen los medios de producción un valor económico? En lo que sigue, retomamos estas preguntas y trataremos de formular las condiciones de la maximización del producto total que surgen a partir del análisis marxista; aunque incorporando algunos desarrollos no explícitos en Marx.

No tiene sentido hablar de escasez de medios de producción, ya que siempre hay disponibles muchos más de los que se pueden emplear. Por tanto, sería necesario analizar por qué razones un medio de producción pierde su carácter de factor de producción económico y se vuelve un medio de producción obsoleto. Un determinismo simplificador no es aquí aplicable, ya que esa determinación depende de las condiciones económicas y sociales específicas en que se inscribe la división social del trabajo (el modo social de producción). Regiones enteras adquieren valor o lo pierden, de acuerdo a las materias primas que se puedan extraer de ellas. Como

¹⁴ Como primera aproximación, podemos decir que se trata de una maximización acotada, sujeta a las siguientes dos restricciones fundamentales: a) la reproducción del medio ambiente natural en función de la reproducción de la vida y b) la inclusión de todos los productores potenciales en la división social del trabajo y, por tanto, en la distribución de los ingresos. Pero ya esto introduce modificaciones sustanciales al cálculo económico que priva en las relaciones capitalistas.

factor de producción, la tierra no es algo estático, ya que el mismo proceso de trabajo y el desarrollo de las tecnologías valorizan y desvalorizan la tierra. Si no contiene materias primas apetecidas por la industria, o si contiene materias que ya no se usan, o que todavía no se pueden utilizar económicamente, la tierra tiene un escaso valor. Cuando determinadas materias primas entran en uso (salitre, petróleo, uranio, cobre, etc), determinados territorios se valorizan y otros se desvalorizan.

En el marco de una teoría general de la división social del trabajo, la formulación teórica del *límite* dentro del cual un medio de producción técnico puede ser empleado como factor de producción está dada por el *pleno empleo de la fuerza de trabajo*. Como el empleo de fuerza de trabajo es necesario para utilizar un medio de producción en cuanto que factor de producción, la cantidad máxima de trabajo disponible determina a la vez, el máximo de medios de producción que se pueden transformar en factores de producción. Esta determinación se deriva de la lógica misma de todo sistema de división social del trabajo y no se puede invertir. No es imaginable ni definible algo así como un pleno empleo de los medios de producción. Siempre hay más medios de producción disponibles de los que se pueden emplear, y siempre el máximo a emplear de ellos está limitado por el pleno empleo de la fuerza de trabajo.

De lo que si hay escasez, es del trabajo que permite usar los medios de producción posibles y disponibles. Si hasta un simple palo es un medio de producción posible –como lo demuestra la prehistoria humana– no puede haber escasez absoluta de medios de producción. Por tanto, el trabajo humano es el único medio posible para valorizar la tierra y los medios de producción en general¹⁵. Precisemos lo anterior. En el nivel de análisis en que nos ubicamos (proceso simple de trabajo), la valorización de la tierra y de los medios de producción se deriva de la posibilidad de aumentar la productividad del trabajo por medio de distintas combinaciones o selecciones de tales “factores productivos”. De aquí se coligen los tres elementos de juicio fundamentales para la selección económica racional. En efecto, el

¹⁵ Obsérvese que estamos utilizando como criterio, la escasez. Esto es válido para el proceso simple de trabajo. Pero aun así, este mismo criterio destaca al trabajo como único medio posible de valorización.

producto total será máximo (y sustentable) en el grado en el que:

1. *Se movilice toda la fuerza de trabajo disponible.* Eso no significa, que en función de la maximización haya que trabajar hasta el límite físico aguatable, sino que hay que movilizar el trabajo total sobre la base de la jornada de trabajo socialmente convenida. Sobre esta base, el producto es necesariamente tanto mayor cuanto más trabajo se emplea. El desempleo de fuerza de trabajo, por tanto, es un indicador decisivo de irracionalidad económica. Si un determinado país ostenta un desempleo del 20 o 30% de su fuerza de trabajo, este hecho no comprueba la escasez de medios de producción, sino más bien, un fracaso rotundo de la coordinación de la división social del trabajo y una irracionalidad económica profunda del sistema imperante.

2. *Se equie este trabajo con los medios de trabajo y los recursos naturales, que aseguren una máxima productividad del trabajo.* Entre la infinidad de los medios de producción y de los recursos naturales posibles, hay que seleccionar aquellos que permitan la maximización del

producto. Estos serán entonces los medios de producción económicos.

3. *Se utilicen tecnologías que sean compatibles con la reproducción y sustentabilidad del medio ambiente natural y con el desarrollo de las capacidades humanas (racionalidad reproductiva).*

De esta manera, el pleno empleo de los factores, del cual habla en general y ambiguamente la teoría económica neoclásica, se reduce al *pleno empleo del trabajo racionalmente equipado*. Pleno empleo de medios de producción o del factor tierra no existe y no puede existir, porque en sí mismos estos factores son indefinidos, ya que su determinación viene dada en función del pleno empleo del trabajo. Los tres elementos de juicio sobre la racionalidad económica recién mencionados, son a la vez los aspectos centrales de la explotación, entendida en este nivel del análisis como el impedimento de producir, la existencia de un producto potencial no producido y de un número de productores potenciales excluidos del sistema de división social del trabajo. Estos se enfatizan en el siguiente recuadro.

Aspectos centrales de la explotación económica (producto potencial no producido y/o destrucción de las fuentes de creación de riqueza)

- 1) El *desempleo* (abierto o disfrazado) y la *exclusión* de trabajadores y productores potenciales.
- 2) El empleo de fuerza de trabajo que utiliza una combinación de medios de producción con un nivel de productividad por debajo de la máxima objetivamente posible. La existencia de productores –en general o de manera localizada–, que utilizan *tecnologías atrasadas o incompatibles* con las materias primas y los recursos naturales disponibles. En este segundo caso, la extracción de un producto no pagado y el impedimento de producir aparecen juntos¹⁶.
- 3) El empleo de fuerza de trabajo que utiliza *tecnologías incompatibles con la reproducción y sustentabilidad del medio ambiente natural*, con la *reproducción de la fuerza de trabajo* y el *desarrollo de las capacidades humanas*.

¹⁶ Esto tiene relación con la distinción entre excedente efectivo y excedente potencial. En todo el Tomo I de El Capital, Marx asume que ambos coinciden, pero en el Tomo II aclara que esta coincidencia requiere de una "combinación apropiada" entre medios de producción y fuerza de trabajo (selección de técnicas). "Para valorizar una parte del capital mediante su conversión en fuerza de trabajo, es necesario que otra parte se transforme en medios de producción. Para que funcione el capital variable, es menester que se adelante capital constante en determinadas proporciones, conforme al carácter técnico determinado del proceso laboral". (Marx, 1981, T. I, V. 1: 259. Subrayado nuestro).

En resumen, la diferencia entre *producto real* y *producto potencial* depende no sólo de la utilización o subutilización de la fuerza de trabajo, sino además, de la combinación de medios de producción utilizada (composición de capital, selección técnica): esta debe ser la adecuada para emplear toda la fuerza de trabajo disponible y para garantizar la mayor productividad del trabajo objetivamente posible, en condiciones de reproducción y sustentabilidad de la misma fuerza de trabajo y del medio ambiente.

La valorización a través de las relaciones mercantiles: la ideología neoclásica y el desdoblamiento del proceso de valorización

La teoría económica neoclásica no considera este “proceso de valorización” recién descrito, que como vemos, se efectúa ya al nivel del propio proceso de trabajo, es decir, incluso antes de que el mismo adquiriera una forma mercantil.

Por tanto, tampoco se percibe la finalidad implícita del propio concepto de la maximización del producto total, que vincula la valorización de los medios de producción a través del trabajo con la satisfacción de las necesidades humanas¹⁷. Dicha teoría trata más bien a los factores de producción como entes separados, que se juntan solamente en el acto de la actividad productiva.

Los recursos naturales, los instrumentos de producción y el trabajo (y muchos otros factores más) se asumen como factores de producción determinados ya antes de que estos ingresen en el proceso de producción. Por tanto, se concibe la posibilidad de una escasez de medios de producción o de recursos naturales, en el mismo sentido que una escasez de trabajo. A la vez, los instrumentos de trabajo no son concebidos como “medios de producción”, sino que ellos “producen”, en el mismo sentido en que lo hace el trabajo humano.

La relación entre trabajo y medios de producción, por tanto, se presenta como una de “mutua determinación”. Así, la racionalidad formal parece poder elegir entre pleno empleo del trabajo y pleno empleo de los medios de producción, según la opción valórica de los actores. La política de pleno empleo se asemeja entonces a la beneficencia pública y la racionalidad económica

formal (la llamada teoría neoclásica de la producción), no la exige como tal, pues se trata simplemente de un asunto de “elección de combinaciones de factores” (isoquantas e isocostes), guiándose el empresario privado por aquella del “costo mínimo”, sin más restricción que los recursos presupuestarios disponibles.

Para la teoría neoclásica, su modelo central de la racionalidad económica viene definido por una situación de pleno empleo de todos los factores, en cuanto que criterio para una racionalidad máxima (en competencia perfecta).

También en este caso –si bien se incluye el pleno empleo del trabajo– todos los factores se tratan como equivalentes. Pasa desapercibido (y se oculta) el hecho de que los factores distintos del trabajo humano reciben su condición de factores económicos a partir del trabajo.

Pero esta equivalencia entre los factores de la producción es lo que le permite a la teoría económica neoclásica hacer el paso que más le interesa. Se trata de la argumentación de que el cálculo empresarial privado de maximización de las ganancias es un cálculo económicamente válido.

Para obtener este resultado, es clave la equivalencia propuesta de los factores de producción y su grado de sustitución en función de sus costos.

Ahora bien, el problema es que una empresa individual, con su cálculo parcial de costos, no puede percibir ni puede orientarse por la valorización de los medios de producción a partir del trabajo. Para la empresa individual, tanto la fuerza de trabajo como los medios de producción (factores de la producción) ya tienen un precio, dado por el mercado.

La única racionalidad que ella puede reconocer surge de la comparación de los costos de los factores en función de su aporte a la ganancia, tal como lo racionaliza la teoría neoclásica.

Por tanto, desde el punto de vista de la empresa individual, estos costos son completamente indiferentes (sustituibles entre sí). Si el “capital” (medios de producción) es relativamente más barato, se usa más capital y menos trabajo, y si el trabajo es relativamente más barato se usa más trabajo y menos capital.

¹⁷ Mientras que, como sabemos, lo específico de la valorización en condiciones capitalistas de producción, es la producción de una plusvalía.

Los costos de la fuerza de trabajo no tienen, ni pueden tener, algún significado especial. Y la teoría neoclásica racionaliza este comportamiento de los agentes mercantiles en cuanto que racionalización de las apariencias, pero como vemos, se trata de apariencias que son parte de la realidad del mundo mercantil.

El hecho de que el valor de los medios de producción se derive en última instancia del pleno empleo del trabajo, no es perceptible (no puede serlo) para el empresario individual ni para la empresa como entidad privada autónoma, y esto se formaliza en la teoría neoclásica de la producción. Por eso, la realidad es invertida y fetichizada.

Sin embargo, la empresa privada individual ya hace sus cálculos sobre los valores de los medios de producción y de la fuerza de trabajo, aunque en términos de precios. Son cantidades de uno y otro los que entran en sus cálculos, y como tales, hay necesariamente una calculabilidad de sus costos en términos de "costos de extracción", no en términos de "costos de reproducción".

La forma en que se decide sobre tales "combinaciones de factores" decide también sobre el efecto que el cálculo monetario de la empresa tiene sobre la racionalidad económica del sistema y no hay ninguna razón intrínseca para que este cálculo monetario coincida con el cálculo a partir del proceso de trabajo (creación de valores de uso) y de la racionalidad reproductiva.

La relación entre cálculo monetario y racionalidad económica, es de todas maneras, indirecta. La empresa capitalista no hace cálculos del producto total, sino que deja la formación del producto total a los mecanismos del mercado, frente a los cuales hay solamente estimaciones *ex ante* de lo que pasará y mediciones *ex post* de lo que pasó. No puede haber determinación de lo que será¹⁸.

De manera que estos valores de cambio o precios que rigen para la empresa capitalista y en sus cálculos monetarios, no son, de ninguna manera, producto del proceso de valorización a nivel del proceso de trabajo, tal como lo describimos con anterioridad. Se trata más bien de un desdoblamiento del propio proceso de valorización, como ya hemos apuntado. El siguiente recuadro resume esta idea central.

Cálculo monetario y desdoblamiento del proceso de valorización

A nivel del proceso de trabajo se concibe una valorización de los medios de producción, que concibe –abstrayendo de cualquier sistema específico de coordinación– los medios de producción "económicos" y su distribución en función del pleno empleo de la fuerza de trabajo, de la maximización de la productividad del trabajo, del producto total y de la reproducción del medio ambiente natural.

En cambio, a nivel del sistema de coordinación por las relaciones mercantiles, se produce una valorización en términos de precios (valoración monetaria), que determina a qué medios de producción las relaciones sociales de producción mercantiles –que son el sistema de coordinación dado– conceden valor y cómo se valoriza la propia fuerza de trabajo. La maximización de la ganancia es el criterio que guía este proceso.

Para que el proceso de producción así constituido y orientado fuese racional, la valorización que resulta del sistema de precios, tendría que coincidir con la valorización al nivel del proceso de trabajo, lo que en general no ocurre.

¹⁸ Intentos de esta "determinación de lo que será", los encontramos en la teoría de la evaluación social de proyectos, la cual parte de una crítica a la valoración monetaria por los precios de mercado en presencia de importantes externalidades.

Cualquier proceso de producción es parte de la transformación de la naturaleza en función de la reproducción del ser humano, que es también un ser natural. Por tanto, el cálculo económico implica el cálculo del impacto que genera la producción sobre las posibilidades de la naturaleza de ser constantemente reproducida; así como del desarrollo de las capacidades humanas. Se trata siempre de calcular (hasta donde sea posible) cada acto de producción y cada proceso de trabajo, en relación con su impacto sobre la humanidad y sobre la naturaleza (aunque siempre habrá un “resto” no calculable). Cualquier maximización que ignore o sacrifique este marco general del equilibrio económico es ilusoria o tiende a serlo, en la medida en que destruya más de lo que produce.

Pero el cálculo empresarial privado es necesariamente un cálculo fragmentario que se desentiende de un hecho empírico básico: la realidad es compleja e interdependiente. Por eso, el llamado “costo de producción” de la empresa capitalista (sea privada o pública) es en realidad un costo de extracción, y el cálculo empresarial es un cálculo de pirata.

Esta tesis del desdoblamiento del proceso de valorización no está explícita en Marx, cuando él presenta el proceso del trabajo y define el proceso de producción (capítulo 5 del Tomo I de *El Capital*). Marx reserva más bien el término “valorización”, exclusivamente para el proceso de generación de los valores de cambio preñados de plusvalía. Con eso, da la impresión de que la teoría del valor-trabajo es exclusivamente una teoría de las relaciones mercantiles de producción, sin una validez más allá de estas.

Desde otra perspectiva, la “teoría del valor-trabajo” sería la forma específica que una teoría general del valor (y de la valorización) adquiere cuando la coordinación del sistema de división social del trabajo se realiza a través de relaciones mercantiles. El espacio de tal teoría general del valor sería el del proceso de trabajo en general, orientado directamente por la producción de valores de uso para la satisfacción de las necesidades humanas¹⁹. El punto de partida de

¹⁹ Habría que estudiar, por tanto, las transformaciones que una forma determinada de coordinación –la mercantil-capitalista–, introduce sobre el proceso de trabajo en general en los siguientes ámbitos: a) en la *especificación de los valores de uso* (de soporte de la vida a soporte del valor de cambio), b) en el *trabajo humano* (del trabajo humano general al trabajo humano

esta “Economía orientada hacia la vida”, no sería el *homo economicus*, sino el sujeto humano necesitado.

Sin embargo, es claro que también para Marx la racionalidad del sistema de coordinación se juzga a partir de la posibilidad de realizar la maximización del producto total, pero al nivel del proceso de trabajo en general. Por otra lado, todo el análisis de Marx tiende a demostrar la imposibilidad de que las relaciones capitalistas de producción efectúen tal maximización, ya que éstas deforman las finalidades y los medios para la satisfacción de las necesidades, lo mismo que las condiciones para la reproducción de la naturaleza. Esta demostración supone efectuar el análisis de la formación de los precios, y a través de esto, de las decisiones económicas fundamentales, para concluir en la dirección irracional hacia la cual conduce la decisión empresarial, aun cuando haga el mejor cálculo técnico posible de sus costos.

Este análisis parte de la única medida cuantitativa que tiene el proceso de valorización a nivel del proceso de trabajo: el tiempo de trabajo. Esta es la base natural de la cuantificación del esfuerzo humano y de su metabolismo con la naturaleza. El cálculo racional, por tanto, sería aquel que distribuye las horas de trabajo disponibles por la sociedad entera, de una manera tal, que el producto sea máximo, la satisfacción de las necesidades sea la más plena posible y el ritmo de reproducción del medio ambiente natural sea respetado.

Las relaciones mercantiles, sin embargo, y para comenzar, no efectúan tal cálculo del tiempo de trabajo. Los valores de cambio –los precios– tampoco son indicadores del tiempo de trabajo aplicado a los productos. Los precios más bien son relaciones de intercambio entre bienes, que sólo excepcionalmente coinciden con el tiempo de trabajo aplicado (por ejemplo, en el caso de la producción simple de las mercancías y sólo como tendencia). Pero hasta en el caso en el cual se produzca esta coincidencia entre precios y tiempo de trabajo, ello no ocurre porque exista una medición efectiva de este tiempo, sino como resultado indirecto de las condiciones del

abstracto), c) en el *tiempo de vida* (del tiempo de vida al tiempo de trabajo), d) en el *medio ambiente natural* (de soporte material de la vida a factor de producción, e) en la *satisfacción de las necesidades* (su orientación por la ganancia y no por la reproducción y desarrollo de la vida humana).

intercambio. El cálculo mercantil, la valoración monetaria de la empresa capitalista individual, sólo toma en cuenta cálculos parciales. En este cálculo, la reproducción de la fuerza de trabajo y la reproducción del medio ambiente natural no son tomadas en cuenta como un a priori.

En general –y en especial en las relaciones capitalistas de producción– tal coincidencia no se produce, porque las condiciones del intercambio no conducen hacia esta equivalencia. La producción de la plusvalía en forma de ganancia impide un intercambio guiado por el tiempo de vida del sujeto productor (incluso por el tiempo de trabajo). Marx es consciente de este resultado y lo trata de explicar científicamente. En la producción capitalista las mercancías no se intercambian por sus valores, sino a partir de los precios de producción, es decir, no con base al tiempo de trabajo, sino con base en la ganancia media.

En las relaciones mercantiles, la relación entre tiempo de trabajo y valor de cambio es otra. El tiempo de trabajo (el valor-trabajo) del producto determina más bien los límites de variabilidad de los precios relativos. Por eso, la suma de los precios es siempre igual a la suma de valores, y un bien puede tener un precio mayor de lo correspondiente a su valor-trabajo en el grado en el que otro bien tenga un precio menor²⁰. Los precios necesariamente oscilan alrededor de su valor-trabajo sin tendencia a alcanzarlo. Estas oscilaciones son en cierta medida, casuales, o dependientes de factores "extra-económicos" (como las relaciones de poder), pero en gran medida son producto de las condiciones bajo las cuales se tiene acceso a los factores de la producción en una economía capitalista, esto es, la renta de la tierra por la no-homogeneidad de las condiciones naturales, y la ganancia empresarial por el monopolio sobre los medios de producción y otras formas de "poder de mercado", lo que impone una rentabilidad tendencialmente igual para un mismo valor de capital en sus distintos usos.

²⁰ ¿Qué sucede si incorporamos en el análisis el trabajo improductivo? Marx define la magnitud de valor por el tiempo de trabajo socialmente necesario, pero, el trabajo improductivo, aunque es necesario, no es parte del valor del capital adelantado, sino que debe sufragarse a cuenta del plusvalor. Es decir, los costos improductivos son "necesarios" pero no son parte del valor de la mercancía, el cálculo económico capitalista no los toma en cuenta, no los "internaliza".

Ciertamente todo esto introduce una "distorsión" adicional en la persecución de los fines (el valor de cambio supedita al valor de uso y la ganancia supedita la satisfacción de necesidades), pero lo fundamental (y que Marx no hace explícito en su análisis de la mercancía) es que, aunque rigiera tal determinación del tiempo de trabajo, ni la valorización de la fuerza de trabajo ni la valorización de los medios de producción se sustentarían en una lógica reproductiva, sino en los *costos de extracción* del producto efectivo, tanto en términos de la fuerza de trabajo empleada como en términos de los medios de producción consumidos. Una lógica reproductiva debería basarse en el tiempo de vida (del sujeto productor) y en el ritmo de reproducción de la naturaleza. Desarrollamos esta idea central en un capítulo posterior.

Bibliografía

- Duchrow y Hinkelammert (2003) *La Vida o El Capital*. DEI, San José.
- Elson, Diane (1994) *¿Socialismo de mercado o socialismo del mercado?* Inprecor 78
- Hinkelammert (1981). *Las armas ideológicas de la muerte*. 2da. Ed., DEI, San José, Costa Rica
- Marx, Karl (1981) *El Capital*. Ocho volúmenes, Siglo XXI, México.
- Mora, Henry (1996) *Modernización capitalista y trabajo abstracto: ¿sociedad pos capitalista o subsunción real del trabajo general?*, Revista Economía y Sociedad No. 2, Heredia, Costa Rica.

